

# Amigos por el viento

Liliana Bodoc

Plan nacional  
de lecturas



Ministerio de Educación  
Argentina

Argentina unida

## **PLAN NACIONAL DE LECTURAS**

Coordinación: Natalia Porta López

Revisión y rediseño: Teresita Valdettaro y Elizabeth Sánchez

### **Ministerio de Educación de la Nación**

Plan Nacional de Lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, enero de 2021

---

“Amigos por el viento” de Liliana Bodoc.

© Liliana Bodoc



Texto publicado por el  
Plan Nacional de Lectura  
en el marco de la colección  
“Lecturas para encontrarnos”, 2015

# AMIGOS POR EL VIENTO

**Liliana Bodoc**

A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligrá; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

Cuando la vida se comporta de ese modo, se nos ensucian los ojos con los que vemos. Es decir, los verdaderos ojos. A nuestro lado, pasan papeles escritos con una letra que creemos reconocer. El cielo se mueve más rápido que las horas. Y lo peor es que nadie sabe si, alguna vez, regresará la calma.

Así ocurrió el día que papá se fue de casa. La vida se nos transformó en viento casi sin dar aviso. Recuerdo la puerta que se cerró detrás de su sombra y sus valijas. También puedo recordar la ropa reseca sacudiéndose al sol mientras mamá cerraba las ventanas para que, adentro y adentro, algo quedara en su sitio.

-Le dije a Ricardo que viniera con su hijo. ¿Qué te parece?

-Me parece bien -mentí.

Mamá dejó de pulir la bandeja, y me miró:

-No me lo estás diciendo muy convencida...

-Yo no tengo que estar convencida.

-¿Y eso qué significa? -preguntó la mujer que más preguntas me hizo a lo largo de mi vida.

Me vi obligada a levantar los ojos del libro:

-Significa que es tu cumpleaños, y no el mío -respondí.

La gata salió de su canasto, y fue a enredarse entre las piernas de mamá.

Que mamá tuviera novio era casi insoportable. Pero que ese no-

vio tuviera un hijo era una verdadera amenaza. Otra vez, un peligro rondaba mi vida. Otra vez había viento en el horizonte.

-Se van a entender bien -dijo mamá-. Juanjo tiene tu edad.

La gata, único ser que entendía mi desolación, saltó sobre mis rodillas. Gracias, gatita buena.

Habían pasado varios años desde aquel viento que se llevó a papá. En casa ya estaban reparados los daños. Los huecos de la biblioteca fueron ocupados con nuevos libros. Y hacía mucho que yo no encontraba gotas de llanto escondidas en los jarrones, disimuladas como estalactitas en el congelador. Disfrazadas de pedacitos de cristal. "Se me acaba de romper una copa", inventaba mamá que, con tal de ocultarme su tristeza, era capaz de esas y otras asombrosas hechicerías.

Ya no había huellas de viento ni de llantos. Y justo cuando empezábamos a reírnos con ganas y a pasear juntas en bicicleta, aparecía un tal Ricardo y todo volvía a peligrar.

Mamá sacó las cocadas del horno. Antes del viento, ella las hacía cada domingo. Después pareció tomarle rencor a la receta, porque se molestaba con la sola mención del asunto. Ahora, el tal Ricardo y su Juanjo habían conseguido que volviera a hacerlas. Algo que yo no pude conseguir.

-Me voy a arreglar un poco -dijo mamá, mirándose las manos-. Lo único que falta es que lleguen y me encuentren hecha un desastre.

-¿Qué te vas a poner? -le pregunté, en un supremo esfuerzo de amor.

-El vestido azul.

Mamá salió de la cocina, la gata regresó a su canasto. Y yo me quedé sola para imaginar lo que me esperaba.

Seguramente, ese horrible Juanjo iba a devorar las cocadas. Y los pedacitos de merengue se quedarían pegados en los costados

de su boca. También era seguro que iba a dejar sucio el jabón cuando se lavara las manos. Iba a hablar de su perro con el único propósito de desmerecer a mi gata.

Pude verlo transitando por mi casa con los cordones de las zapatillas desatados, tratando de anticipar la manera de quedarse con mi dormitorio. Pero, más que ninguna otra cosa, me aterró la certeza de que sería uno de esos chicos que, en vez de hablar, hacen ruidos: frenadas de autos, golpes en el estómago, sirenas de bomberos, ametralladoras y explosiones.

-¡Mamá! -grité, pegada a la puerta del baño.

-¿Qué pasa? -me respondió desde la ducha.

-¿Cómo se llaman esas palabras que parecen ruidos?

El agua caía apenas tibia, mamá intentaba comprender mi pregunta, la gata dormía y yo esperaba.

-¿Palabras que parecen ruidos? -repitió.

-Sí -y aclaré-: Pum, Plaf, Ugg...

¡Ring!

-Por favor -dijo mamá-, están llamando.

No tuve más remedio que abrir la puerta.

-¡Hola! -dijo Ricardo, asomado detrás de las rosas.

Yo miré a su hijo sin piedad. Como lo había imaginado, traía puesta una remera ridícula y un pantalón que le quedaba corto.

Enseguida, apareció mamá. Estaba tan linda como si no se hubiese arreglado. Así le pasaba a ella. Y el azul le quedaba muy bien a sus cejas espesas.

-Podrían ir a escuchar música a tu habitación -sugirió la mujer que cumplía años, desesperada por la falta de aire.

Y es que yo me lo había tragado todo para matar por asfixia a los invitados.

Cumplí sin quejarme. El horrible chico me siguió en silencio. Me senté en una cama. Él se sentó en la otra. Sin duda, ya estaría decidiendo que el dormitorio pronto sería de su propiedad. Y que

yo dormiría en el canasto, junto a la gata.

No puse música porque no tenía nada que festejar. Aquel era un día triste para mí. No me pareció justo, y decidí que también él debía sufrir. Entonces, busqué una espina y la puse entre signos de pregunta:

-¿Cuánto hace que se murió tu mamá?

Juanjo abrió grandes los ojos para disimular algo.

-Cuatro años -contestó.

Pero mi rabia no se conformó con eso:

-¿Y cómo fue? -volví a preguntar.

Esta vez, entrecerró los ojos.

Yo esperaba oír cualquier respuesta, menos la que llegó desde su voz cortada.

-Fue..., fue como un viento -dijo.

Agaché la cabeza, y dejé salir el aire que tenía guardado. Juanjo estaba hablando del viento, ¿sería el mismo que pasó por mi vida?

-¿Es un viento que llega de repente y se mete en todos lados? -pregunté.

-Sí, es ese.

-¿Y también susurra...?

-Mi viento susurraba -dijo Juanjo-. Pero no entendí lo que decía.

-Yo tampoco entendí.

Los dos vientos se mezclaron en mi cabeza.

Pasó un silencio.

-Un viento tan fuerte que movió los edificios -dijo él-. Y eso que los edificios tienen raíces...

Pasó una respiración.

-A mí se me ensuciaron los ojos -dije.

Pasaron dos.

-A mí también.

-¿Tu papá cerró las ventanas? -pregunté.

-Sí.

-Mi mamá también.

-¿Por qué lo habrán hecho? -Juanjo parecía asustado.

-Debe haber sido para que algo quedara en su sitio.

A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligrá; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

-Si querés vamos a comer cocadas -le dije.

Porque Juanjo y yo teníamos un viento en común. Y quizás ya era tiempo de abrir las ventanas.

---

# Liliana Bodoc



Nació en Santa Fe en 1958, vivió en Mendoza desde los cinco años y falleció en 2018. Cursó la licenciatura en Literatura Moderna en la Universidad Nacional de Cuyo, y ejerció la docencia. Su primera novela, *Los días del Venado* (2000) obtuvo una impresionante variedad de distinciones, entre ellas integrar la Lista de Honor del Premio Andersen 2000. Desde entonces su prestigio literario no dejó de crecer.

---

# Leer es tu derecho.

El **Plan Nacional de Lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.